

## LOS CAMINOS DEL SEÑOR

A lo largo de una playa, en la costa de Inglaterra, entre las ciudades de Norwich y Yarmouth, vagaba un padre acompañado de su hijito de cuatro años.

-Tengo hambre -dijo el niño.

-Cállate, desgraciado -le contestó el padre.

-Sí, tengo hambre y me duele el estómago –continuó diciendo el niño.

-¿No te callas, bellaco? ¿Acaso puedo arrancar pan de las piedras y arenas de la playa? Un estremecimiento recorrió todo el cuerpo del niño y no dijo nada más, porque el padre le había hablado en tono tan desagradable y rudo y sus ojos tenían un brillo extraño. Caminaron los dos, mudos, uno al lado del otro; el niño con la cabeza inclinada sobre el pecho a fin de ocultar a su padre las lágrimas que brotaban de sus ojos. En el corazón de su padre se agitaban pensamientos tenebrosos. Se esforzaba en vano por mantener el equilibrio, pues, como de costumbre, estaba ebrio y vacilaba a cada paso.

De repente el niño prorrumpió en gritos; no pudo contenerse más; la violencia a la que se lo había sometido para que soportara el dolor sólo lo había aumentado.

-¡Papá -exclamó el niño-, dame un pedazo de pan!

El trastornado padre, atacado por un acceso de furia y desesperación, tomó al niño, y con toda la fuerza de sus brazos lo arrojó al mar y se alejó rápidamente.

Por una notable coincidencia, que el mundo llama casualidad, como si con una palabra sin sentido se pudiera explicar lo que el cristiano no duda en considerar como una providencia divina, flotaba una tabla por allí, a la cual pudo aferrarse el desdichado, quien fue pronto apartado de la playa empujado por el viento y por el movimiento de las olas.

No lejos de la playa estaba anclado un barco de guerra desde cuya cubierta se vio al niño que, aferrado al frágil destrozo, era impelido en dirección al barco contra el que corría el peligro de chocar. ¿Dejarían acaso que muriera el niño? ¿No habría nadie que se dispusiera a salvarlo? Tales pensamientos apenas tuvieron tiempo de surgir en la mente de los marineros, cuando uno de ellos se lanzó al mar, trayendo, a riesgo de su vida, al niño a bordo, donde fue en seguida interrogado por todos.

-Me llamo Santiago -respondió el niño, pero fuera de eso nada supo decir que pudiese aclarar a los marineros el misterio de su procedencia. Decidieron, pues, conservarlo a bordo, donde todos lo llamaban "el pobre Santiago". Como era de temperamento pacífico y dócil, y además de eso muy servicial, no tardó en conquistar la simpatía de todos. Era considerado como un hijo adoptivo, y constituía para todos un motivo de orgullo no permitir que le faltara nada. Después de muchos años de estudio, Santiago obtuvo en uno de los barcos de guerra el puesto de cirujano de la marina real. De la manera más concienzuda desempeñó las funciones de ese cargo durante la larga guerra entre Inglaterra y Francia.

En una ocasión en que el navío al cual pertenecía capturó una pequeña embarcación, se trajeron a bordo diversos heridos que fueron confiados al cuidado del cirujano Santiago. Entre ellos había también un anciano, cuyas heridas parecían fatales. No obstante, nuestro concienzudo cirujano le dedicó sus más esmerados cuidados. Todos sus esfuerzos, sin embargo, fueron inútiles.

Sintiendo el anciano que la muerte se acercaba, quiso dar al cirujano una prueba de gratitud, y solicitándole algunos momentos su atención le habló así:

-Ud. ha usado conmigo de tanta benevolencia que me siento constreñido a darle el único tesoro que poseo. -y entregándole una Biblia, añadió:

-Una señora creyente me regaló este libro que me abrió los ojos a mi miserable condición y me libertó de mis pasiones criminales. En esta Biblia hallé el camino de la salvación, el perdón de mis pecados por Cristo Jesús, la dulce paz de mi corazón, que tanto tiempo vivió torturado por remordimientos indecibles, y el consuelo en los días de mi infortunio.

El anciano se detuvo. Un triste secreto parecía pesar todavía sobre su alma, pero la vergüenza de confesarlo se trababa en lucha con la necesidad que tenía de desahogarse. Esa lucha, sin embargo, duró apenas unos instantes. Entonces comenzó a relatar con voz pausada y grave todos los desórdenes y las impiedad es de su vida, refiriendo entre otras cosas cómo había arrojado al mar a un niño de cuatro años, su propio hijo, por haberle pedido de comer.

-¡Oh, Dios! ¿Será esto posible? -exclamó el joven cirujano, cuyos movimientos de asombro crecían a medida que el anciano proseguía su relato-. ¿Será posible volver a vernos en este mundo? Dígame -continuó mientras estrechaba la mano del anciano-, ¿en qué parte de Inglaterra sucedió eso? -Entre Norwich y Yarmouth -respondió el anciano sin comprender por qué el joven cirujano se hallaba tan conmovido al hacerle esa pregunta.  
-¿Y cuánto tiempo hace que sucedió eso? -Hace más o menos veintitrés años -respondió el anciano.  
-¿Y no se llamaba ese niño Santiago? -interrumpió el cirujano, que apenas podía contenerse.  
-¡Santiago! ¡Sí, ése era su nombre! -exclamó el anciano con espanto creciente.  
-¡Padre mío, bendice a tu hijo! -exclamó el cirujano arrodillándose ante el lecho del moribundo-. Bendice a tu hijo; fue Dios el que nos reunió de nuevo, quien me puso por delante el ejemplo de tu conversión y de tu bendita esperanza.

Largo rato el anciano se mantuvo mudo, sin creer lo que veían sus propios ojos, pensando en la posibilidad de un sueño que sería seguido de un amargo desengaño. Poco a poco, sin embargo, fue reuniendo sus ideas, y le pidió al joven oficial que relatase los pormenores que recordaba. Finalmente se convenció de que aquel a quien tenía adelante era su hijo, y lágrimas de alegría inundaron el rostro sobre el que se posaban ya las sombras de la muerte; y, como Simeón, exclamó: "Ahora despide a tu siervo, Señor... en paz".

Falleció ese mismo día en los brazos de su hijo, dando gracias a Dios. Esta coincidencia tan inesperada y admirable hizo tal impresión en el joven cirujano, que después de renunciar a su puesto en la marina se dedicó a la predicación de la Palabra de Dios, las Sagradas Escrituras. Los caminos de Dios son a veces muy extraños para nosotros, pero son siempre misericordiosos.